

Saxe Fernández, Eduardo
Imágenes de la violencia intra masculina en Costa Rica: El caso de Marcos Ramírez de
Carlos Luis Fallas
Comunicación, Vol. 18, 2009, pp. 29-34
Instituto Tecnológico de Costa Rica
Costa Rica

Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=16611988005>

Revista
Comunicación

Comunicación
ISSN (Versión impresa): 0379-3974
recom@itcr.ac.cr
Instituto Tecnológico de Costa Rica
Costa Rica

Imágenes de la violencia intra masculina en Costa Rica: El caso de Marcos Ramírez de Carlos Luis Fallas

Eduardo Saxe Fernández¹
Universidad Nacional de Costa Rica
esaxe@una.ac.cr



Editorial Costa Rica
San José, Costa Rica

PALABRAS CLAVE:

Novela costarricense,
Violencia intra masculina,
Carlos Luis Fallas.

KEY WORDS:

Costa Rican Nobel, Intra-male
violence, Carlos Luis Fallas

Resumen

En este artículo el papel central que juega la violencia intra masculina en la novela Marcos Ramírez de Carlos Luis Fallas (CALUFA). Esa violencia es constitutiva del patriarcado, en la formación de niños, adolescentes y jóvenes, y es un aspecto histórico social que este autor presenta espontáneamente y por tanto con un alto significado testimonial e histórico.

Abstract

Images of the intra-male violence in Costa Rica: The case of Marcos Ramirez (The main character of Carlos Luis Falla's novel)

Eduardo Saxe Fernández

In this article I discuss the central role placed by intra male violence in Carlos Luis Fallas's (Calufa) novel, Marcos Ramírez. This violence constitutes patriarchy in the educational process of male children, boys, teenagers and youngmen, and is a social and historical aspect presented by Fallas in an spontaneous fashion and, therefore, with important testimonial and historical meaning.

En importante medida es probable que podamos enterarnos de las particularidades y sentido del pasado, de algunos pasados específicos. Pero es improbable y más bien pretenciosa, la búsqueda o definición de una o de alguna “objetividad” del en-sí por-sí en nuestro estudio del pasado, de la historia.

De manera que observo y considero a Carlos Luis Fallas, “Calufa”, desde esta misma alocución que les estoy diciendo², y desde los significados que sus obras han tenido en mi vida, desde que empecé a conocer su historia entrelazada con la mía y la del país. Específicamente, en la presente oportunidad, me refiero a las impresiones provocadas por una reciente lectura de *Marcos Ramírez*³, orientado por una sugerencia que me hiciera Margarita Rodríguez Ocampo. Cuando le indiqué que leería de nuevo *Marcos Ramírez*, comentó, “¡Qué libro tan lindo! ¡Pero qué terrible...!”. Me quedé pensando que lo “terrible” era muy evidente en *Mamita Yunai* o *Mi Madrina* o *Gentes y Gentecillas*, pero no lograba discernirlo bien en *Marcos Ramírez*. Al releer la obra, sin embargo, eso “terrible” aparecía por todas partes.

Entonces, aquí considero los aspectos del discurso narrativo que más sobresalen o son nodulares de sentido –en esta determinada lectura y (según *siento/imagino*) en el mismo discurrir del relato calufano, y que tratan de la violencia ejercida por unos varones contra otros, en la narración y, extrapoladamente, en la sociedad y en la vida misma de Calufa –y de nosotros. Al punto que se me entreceran, o “mezclan, por momentos, los diferentes niveles de análisis y los diferentes discursos”⁴ –como a uno de los personajes de *Conversación en la catedral*.

Lo más importante en el trasfondo axiológico personal, que condiciona la presente lectura, es que Carlos Luis Fallas constituyó, durante bastante tiempo después de mis veinte años de edad, un modelo/ejemplo del hombre heroico costarricense y mundial, en el sentido de “los que luchan siempre” de Brecht, refiriéndose, claro está, a los revolucionarios comunistas y otros rebeldes, en sus luchas éticas, estéticas y políticas. Adicionalmente, en mi psicodinámica realicé con Calufa una transfiguración de la imagen de mi propio padre, quien fuera su contemporáneo de la cuna a la tumba y según yo “parecidos” o “similares”, incluyendo el rasgo de violencia entre varones que concentra el análisis aquí –y aunque mi padre solamente una vez en la vida me golpeó, propinándome tres fajazos, pese a ser un hombre fortachón y pendenciero (junto con sus hermanos y cuñados), al que se impuso, durante la década de 1930s, la entonces exorbitante multa de quinientos colones sobre sus puños: cada pescozón le costaría ese tanto-. Pero he sido testigo y he vivido de cerca las consecuencias de las brutalidades sufridas por amigos queridos, a manos de sus padres y hermanos y

mayores, quienes estaban dispuestos a “convertirlos en hombres” a fuerza de golpes y vejaciones sangrientas –en ese retrato como “isla de la paz” que engañosamente caracteriza a Costa Rica en los imaginarios dominantes-.

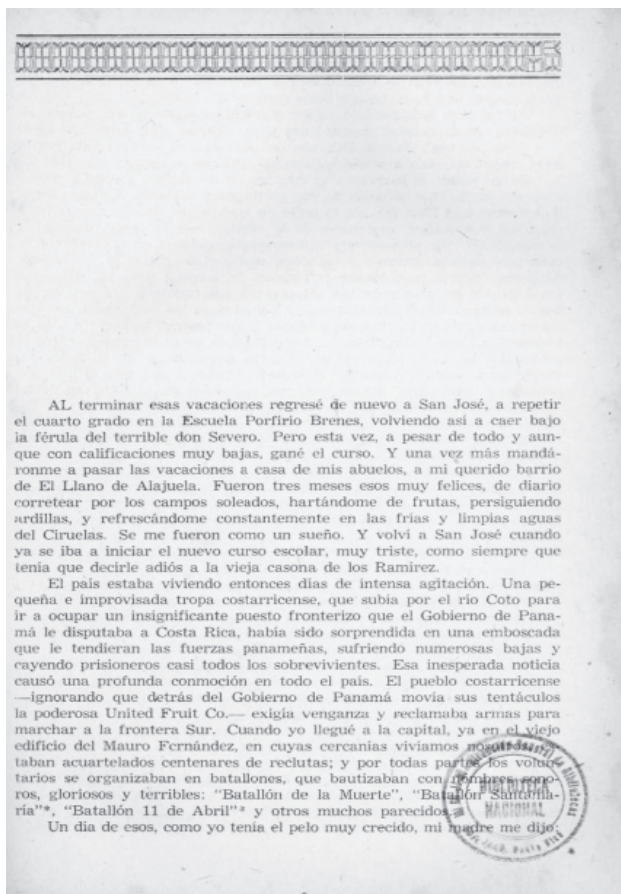
Así entonces, Carlos Luis Fallas ha significado para mí, y pienso que para muchos otros (y otras)⁵, la encarnación y reflejo numinoso (en los parajes y momentos de las imaginaciones que constituyen las obras literarias), de un ideal de humano y de varón revolucionario que yo seguía e imitaba y que buscaba en mí y en otros hombres. Ni el Ché, ni Fidel, ni los revolucionarios soviéticos resultaban tan orientadores y validadores como Calufa⁶, así como tampoco otros escritores de otras latitudes, incluyendo a Neruda o a los escritores del boom latinoamericano de los años 1960s y 1970s.

Procederé entonces con una estrategia analítica simple, de observar y comentar el proceso de relaciones violentas entre hombres, narradas en esta historia de recuerdos de niñez y juventud, escrita por Fallas, refiriéndose a la familia “Ramírez” y a “Marcos” como *representación* de su propia vida y familiares, y por extensión e intención, del país costarricense⁷.

El de Calufa y el de nosotros era entonces un país y de unas vidas caracterizadas por elevadísimos niveles de violencia entre varones, desde los castigos a los niños y los enfrentamientos a machetazos y varapalos del día a día costarricense en todas sus facetas, pasando por los enfrentamientos entre trabajadores desesperados y la compañía bananera, el terrateniente, la policía y el ejército, en *Mamita Yunai* o *Don Bárbaro*, y culminando con la participación de Fallas, como líder militar de las fuerzas del partido comunista (Vanguardia Popular), en la sangrienta y multiplicadora de odios Guerra Civil de 1948. Aquí obra y vida se entreceran, en tanto la obra es memoria y recreación de los procesos de formación masculina, social y personal, alrededor de la violencia entre hombres.

Ya Rodrigo Soto (2001) esbozó una deconstrucción de Calufa, señalando el machismo que hay en su obra, particularmente la violencia contra las mujeres y la posición subordinada de ellas en los paisajes de humanidad de Fallas. Lo cual por supuesto no demerita al escritor, sino que lo enmarca sociotemporalmente y nos lo presenta como testigo excepcional en la historia de nuestra humanidad costarricense.

Pero el machismo se caracteriza también, en general y acaso sobre todo, por intensas relaciones entre los varones, destacándose la lucha y competencia entre ellos, por “el poder”, y desarrollándose entonces con fuerza la violencia de unos contra otros. En especial, violencia física (y no solamente psicosocial) de los más fuertes contra



Marcos Ramírez. 1952. pp.53-55. Versión digital. Biblioteca Nacional de Costa Rica. (Imagen en pdf, tomada de la Biblioteca Digital <http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digital>)

los más débiles. Destaca la violencia de mayores y sobre todo padres y familiares, contra niños, adolescentes y jóvenes. Esta violencia física sirve para establecer jerarquías respecto al acceso a las mujeres y a las cosas e instancias deseables o preferibles, tanto como respecto al estatuto humano que tendrá cada varón en el contexto de la sociedad de los otros varones. Que es lo relevante en una sociedad patriarcal.

Interesa el análisis, entonces, no solamente para la deconstrucción del mito de "la Costa Rica pacífica por naturaleza", sino también como desvelamiento de dimensiones ocultas en las masculinidades machistas —que sin embargo Fallas narra como aquello extraordinario que (para él y su sociedad) caracterizaba la "normalidad" social y psicosocial. De ahí la relevancia de considerar las formas violentas de la masculinidad que Fallas padeció, que encarnó y que retrató de manera extraordinaria para nuestro país.

Un país y unas vidas atosigadas también por la gran desigualdad social oligárquica entre "dones y peones" en tiempos económicamente duros y políticamente de guerra. Pues tuvo Fallas en su vida, como trasfondo universal, la violencia militar y económica del capitalismo salvaje, así como las alboradas de futuro en la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa, en contexto de crisis del capitalismo imperialista en la Primera Guerra Mundial, la gran crisis durante la década de 1930 y las agresiones de Japón contra China y Corea, la Segunda Guerra Mundial y eventualmente a esa confrontación nacional en Costa Rica en 1948. Luego, una guerra mundial "por otros medios", llamada "Guerra Fría", en la que Calufa se colocó, dentro de un país aliado de EE.UU., como aliado él mismo de la Unión Soviética. Como señala Fallas en Marcos Ramírez, hablando de sus primeros años y mundo en que se criaba:

"Por ese tiempo los efectos de la llamada Primera Guerra Mundial comenzaban a sentirse con más intensidad en Costa Rica. La miseria en el pueblo se generalizaba y crecía. Se planteaba ya el problema de la desocupación e iniciábase el alza de los precios y la escasez de las mercancías. En mi casa se acentuó también la pobreza y con frecuencia pasábamos a media ración"(83).

La violencia masculina característica de la obra y la vida de Calufa se observa en la apertura de Marcos Ramírez. La narración se abre con la descripción de los hombres antepasados o fundadores de la familia: campesinos recios, astutos y resueltos (que) "...dejaron en el barrio una leyenda de aventuras y hechos de valor".

El bisabuelo, indica, era un "...verdadero Hércules por su estatura y su vigor". El bisabuelo interviene decisivamente en una pelea que ocurre frente a su casa, de noche, entre bandos de borrachos radicados en barrios enemigos,

"El gigante se levantó sin decir una palabra, salió al camino en paños menores, zafó una de las largas y pesadas varas de la tranquera, y blandiéndola a dos manos empezó a distribuir varazos a diestra y siniestra, malmatando así a no pocos combatientes y haciendo huir a todos los demás".

El trauma inicial de la violencia masculina es presentado enseguida, con un padre que castiga a sus dos hijos crecidos ("dos hombretones") por haberse peleado a machetazos:

"...mandó a los dos hermanos al solar, a cortar le sendos rollos de varillas bien flexibles, y cuando regresaron los obligó a pedirse perdón y a darse un fuerte y sincero abrazo. Después les ordenó hincarse, y empuñando una varilla la deshizo a golpes en las

espaldas de Pedro; luego cogió otra y la hizo pedazos en las de mi abuelo, y así continuó hasta que los dos hombres se desmayaron. Mi abuela y sus pequeños hijos contemplaron la terrible escena temblando, mudos de espanto” (21).

El tío Pedro, muy admirado por Marcos Ramírez y por Tomasito (su coetáneo y tío materno), ya anciano y pacificado les narra cuando mató a un guardia de aduana (“piquete de soldaos gobiernistas”). Es la primera violencia “política” que observamos, es decir, entre ciudadanos o pobladores y agentes gubernamentales. El momento crucial sucedió cuando el sargento a cargo del grupo de control aduanal le pide descienda de su cabalgadura, a lo que Pedro se niega, generando que el otro lo amenace.

“Pero yo le gané la mano: con la zurda y de un solo guayacanazo me apié al soldao que me estaba metiendo el rifle en las costillas, saco con esta otra mano el revólver y le meto su tiro al sargento en la pura cara, al tiempo que pico con las espuelas y la mula atropella bufando y llevándose entre las patas a los otros tres soldados...” (23).

El citado abuelo de Marcos Ramírez anduvo muy metido en política, incluso,

“...enredado en constantes intentos de revolución; y de aquí para allá, llevando de un escondite al otro de don Fadrique Gutiérrez, a quien perseguían las patrullas gobiernistas con no muy santas intenciones. Por esa razón mi abuelo fue detenido y torturado varias veces...” (24).

Por supuesto que Fallas no va a escatimar denuncias contra los regímenes políticos de aquella república oligárquica, destacando el uso “normal” de detenciones y torturas por delitos comunes o por desobediencia a las “fuerzas del orden”.

(La terrible experiencia de la cárcel del abuelo significó además penurias para las mujeres que “se hicieron cargo” de la casa).

El espíritu de enfrentamiento violento entre hombres como centro de la actividad psicosocial y política, característico del país y del mundo durante la época en que vive Fallas, aparece al final de ese primer capítulo de Marcos Ramírez, en la leyenda del encuentro del abuelo con un demonio popular campesino denominado “El cadejos”. (Mas la abuela siempre sabe que se trata de reyertas políticas o personales, de pleitos a cuchillo).

El primer recuerdo de la vida de Marcos Ramírez, que abre el segundo capítulo, también está centrado en la figura varonil de un hombre por un momento tierno, un niño, cosa poco común entonces. La memoria primigenia es de,

“... una fiesta en una sala iluminada... de vagas sombras sin rostro, y yo en el regazo de un hombre: supongo que era mi padrastro y que con ese baile celebrábase su casamiento con mi madre” (30).

Tal vez recordaba Marcos Ramírez la expectativa de amor paterno que le inculcaran, no solo su madre sino su mismo padrastro, durante el noviazgo y hasta el momento mismo de la boda. El matrimonio significaría para el niño y para su madre, “protección” y “cariño” del nuevo esposo y padre. Pero pocas líneas más abajo se nos derrumba esta imagen del hombre tierno con el hombre (niño), y aparece la distancia, la incomunicación entre los hombres como principio relacional.

En esos primeros párrafos del primer apartado del segundo capítulo, el personaje describe su casa y alrededores y cómo su madre lo salvó de ahogarse. Enseguida procede a describir su padrastro, concluyendo, contrario al hombre tierno de la boda, que ese hombre,

“Nunca intervenía conmigo y rara vez me dirigía una palabra; para él yo casi no existía” (32).

Después nos cuenta brevemente de su madre y enfatiza a la familia de ella, pero no trata de las mujeres sino se refiere a sus hermanos de ella (sus tíos) y de cómo lo maltrataban. La violencia contra el niño era brutal y colectiva. Dice que su tío materno Santiago,

“... me administraba un buen jalón de orejas o dos o tres fajazos. Mi tío Ernesto... suspendíame en el aire por los cabellos con una mano; así me sacaba hasta el centro del patio y luego, mientras los demás daban grandes voces y reían burlándose de mí, dábame vueltas y más vueltas, girando sobre sí mismo, para tirarme después muy lejos, como piedra disparada por una honda, contra el bagazo que amontonaban ahí. Yo soportaba esas expansiones de mis tíos apretando los dientes, sin llorar y sin quejarme, para demostrar que era muy valiente. Y ellos aprovechaban esa vanidosa pretensión mía para divertirse... Apenas llegaba un muchachillo al trapiche, y si mi abuelo no estaba por allí, mis tíos le proponían –Querés ganarte un caramelo y una tapa’e dulce? Te damos eso si vas y le rompés la trompa a aquel chiquillo... ¡Es un mocoso muy opuesto!” (33).

La colección de recuerdos de violencia masculina continúa cuando su abuelo, reprendiéndole por haberle roto la nariz a uno de esos contrincantes, señala que Marcos se parece a su tío Pedro, y pasa a contar las violentas aventuras del mismo, incluyendo la pelea fantástica con “mico malo”, otro fantasma de la violencia masculina.

La narración incluye otras perspectivas vitales, pero destaca también la iniciación sexual como miembro de

un grupo de muchachos que se acuestan con una chica algo mayor que ellos –y ellos algo mayores que Marcos⁸. En medio de una felicidad infantil punteada por asistencias a clases y escapadas a bañarse a pozas de ríos, Marcos insiste en la brutalidad que ejercían los varones mayores contra el pequeño. Nos cuenta que,

“Las palizas que me daban en mi casa se hicieron famosas en todo el vecindario. Me las propinaba mi tío Zacarías, quien, exasperado, agotó mil recursos en su afán de corregirme e impedir sobre todo que me escapara a la calle a hacer diabluras: me amarraba y dejaba así en el solarcillo hasta altas horas de la noche; me encerraba en el baño todo un santo día; y una vez, enloquecido por una gran barbaridad que cometiera yo, me azotó con un alambre”(63).

Pocas páginas adelante encontramos la causa de este brutal castigo, resultado de coincidencias y mala suerte (quebrar vidrios tirando piedras), pues la policía lo llevó detenido y su mencionado tío procedió a vapulearlo:

“Y cogiendo un cabo de alambre de cobre, forrado y tieso del de la luz eléctrica, lo dobló en dos tantos iguales y me azotó furiosamente con él. Cada alambrazo me desgarraba la piel y hacíame sangrar las piernas. Después me llevó al oscuro solarcillo y me dejó amarrado allí, contra uno de los arbolillos...” (68).

No es de extrañar entonces el desarrollo de la violencia por parte de este niño y muchacho tan vejado. Aprende que en la vida, y en esas relaciones tan importantes con los otros varones, la violencia es central y definitiva. Característicamente, el niño brutalizado se transforma en el agresor brutalizador:

“Muy pronto conquisté fama de peleador de casta entre los muchachos del barrio. Con mucha frecuencia me trezaba en fieras peleas con muchachos de mi tamaño o un poco más grandes que yo, por puro orgullo y por afán de demostrar que era valiente y hábil para pelear” (73).

El aprendizaje de violencia continuó y alcanzó un nuevo nivel de desarrollo, con la participación de Marcos en peleas entre bandas juveniles de barriadas, que nos narra extensamente, durante todo el capítulo tercero. En el siguiente capítulo, la violencia ya es política, se trata de la caída de la dictadura de Tinoco. Enseguida nos cuenta su desastroso encuentro boxístico con un muchacho de los scouts de EE.UU., que lo apalea. De ahí la narración pasa al enrolamiento de Marcos, aún muy jovencito (adolescente menor de 15 años), en las tropas que salieron hacia el sur a combatir una invasión panameña.

Nos explica en gran detalle sus (relativamente) tranquilas andanzas colegiales, pero durante las vacaciones se pelea con un muchacho llamado “el Empovao”, en una muy enconada y sangrienta riña.

De regreso al colegio se concentra en sus aprendizajes, y de cómo su viejo profesor de temas clásicos, Gordiano, lo lleva a la ternura y a entender que su violencia era extrema e injustificada, que el adolescente había derrotado al viejo, porque también los hombres lloran.

“Comprendí de pronto que aquel era un pobre viejo amargado y vencido por los años, brusco, impertinente, pero capaz también de sentir y de llorar como cualquiera.” (279).

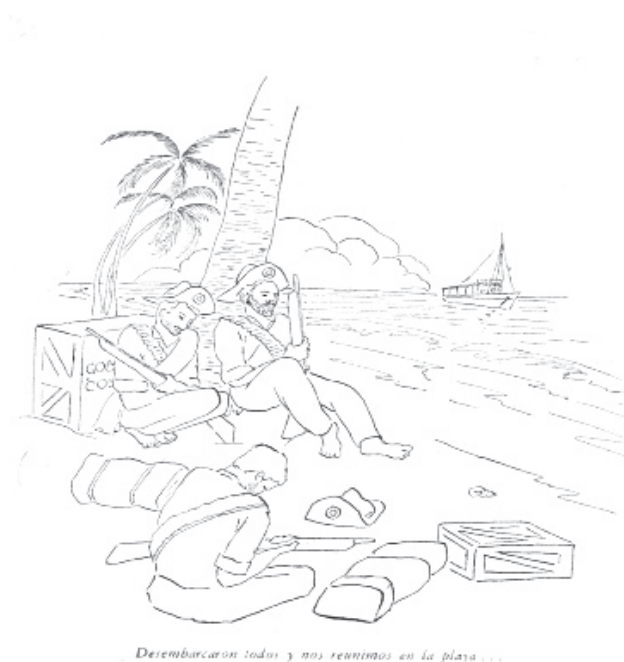
Marcos se pone a trabajar en los talleres del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, donde con un mazo hiere en la cabeza a otro muchacho. Huye de regreso a su natal Alajuela, pero afortunadamente el herido no muere.

Durante el trayecto hasta Alajuela, termina de exorcizar todos los espantos y fantasmas de la imaginación idólatra y supersticiosa del catolicismo (que sin duda era un objetivo ideológico del texto).

En vez de intentar una conclusión recapituladora, termino señalando que, la falsa ternura de su padrastro y el llanto del viejo profesor al que humilla Marcos, le enseñan (y enseñan a quien lee) que la norma es la violencia entre hombres, y que esas ternuras y llantos son engaños o derrotas de lo que se concebía y practicaba como “masculinidad”. Los varones costarricenses de entonces se encontraban y sentían destinados a agredirse públicamente; las instancias de amistad y cariño entre ellos se ubicaban en situaciones extraordinarias (abrazándose para festejar un gol o por estar borrachos, por ejemplo). En la dimensión privada, en el secreto de los armarios, sin embargo, como sabemos, se daban interacciones amorosas varoniles⁹.

NOTAS

¹ Actual Director de la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional de Costa Rica. Estudió en Costa Rica, Canadá y Estados Unidos. Magíster en Filosofía y Doctor en Estudios Internacionales. Sus tres contribuciones más importantes son, *El fracaso estratégico latinoamericano: industrialización, ciencia y tecnología, 1895-2000* (1999), *La nueva oligarquía latinoamericana: ideología y democracia* (1999), y *Colapso Ecosocial Mundial y Guerra* (2005). En 2009 aparecerá su ensayo *El desafío sudamericano: tendencias a la unión y la independencia a principios del siglo XXI*. También publicó una noveleta *Mama Chepa: presidenta y reina de Costa Rica* (1995) y una novela, *Amor en la selva*, (1999). Preparó y editó dos obras de Carlos Luis Fallas,



Marcos Ramírez.1952. pp.53-55. Versión digital. Biblioteca Nacional de Costa Rica. (Imagen en pdf, tomada de la Biblioteca Digital <http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digital>)

Don Bárbaro, en la Colección Prometeo del Departamento de Filosofía de la UNA, y Un mes en la China Roja, en la Editorial de la Universidad de Costa Rica.

²Una primera versión del texto fue presentada como conferencia inaugural en el simposio para conmemorar el centenario del nacimiento de Fallas, impartida en la Facultad de Filosofía y Letras el 16 de febrero de 2009. Posteriormente la charla se presentó en julio de 2009 ante la Asociación de Mujeres Universitarias de Costa Rica, y en el Instituto Tecnológico de Costa Rica, en agosto de 2009. Agradezco los comentarios y correcciones sugeridas, en particular de Isabel Ducca, Rodolfo Meoño y Herman Chacón.

³ Cito de la última edición disponible (2ª Edición, undécima impresión), de 5.200 ejemplares, de Carlos Luis Fallas, Marcos Ramírez, San José: Editorial Costa Rica, 2003.

⁴Oportuno comentario que me hiciera el Dr. Juan Durán Luzio luego de la citada conferencia.

⁵En el presente análisis destaco las dimensiones “masculinas”, por eso escribo de esta manera.

⁶Tanto me impresionaba su lectura, que fui a buscar sus papeles y apuntes en la casa de su viuda, madre a su

vez de mi compañera de estudios universitarios, hijastra de Calufa y queridísima amiga y hermana mística (según decía ella misma), Rosibel Morera. Ahí recogí Un mes en la China Roja que publicó la UCR, así como un tomo de otros escritos menores, fragmentos y anotaciones que me parecieron de interés literario, humano o político. No sé cuál ha sido el paradero de ese volumen, ¡ojalá que no sea similar al de los apuntes de Calufa quemados al terminar la Guerra Civil de 1948!

⁷Es cierto que mucho/as escritores/as relatan muy autobiográficamente, Carlos Luis Fallas o Thomas Mann por ejemplo, y que en toda obra encontraremos elementos autobiográficos. Pero no es cierto que todas las obras de todo/as lo/as escritor/as sean autobiográficas, ni que en toda obra literaria prevalezca la autobiografía.

⁸Sus primeras experiencias sexuales con chicas culminan cuando conoce a una muchachita que actuaba de “maestra” para un grupo de niños algo mayores que el mismo Marcos, quienes tenían relaciones sexuales con ella. Cuando le tocó el turno a Marcos, señala que,

“Yo no sentí nada ni llegué a entender bien lo que aquello significaba, posiblemente por ser el más pequeño del grupo; además venía del campo, en donde me acostumbrara a entretenerme de muy distinta manera, y tan extraños juegos me llenaban de zozobra y de temor. Por eso, a pesar de los constantes ruegos de la maestra, solo dos veces asistí a su escuela y luego me negué rotundamente... Llegué a entender, por intuición, que todo lo que allí ocurría era cosa prohibida y condenable.”(41).

⁹Como se muestra en mi novela Amor en la Selva.